

prometido con las causas de los más débiles. De aquí mi reconocimiento y admiración por su trabajo.

Carmen Castañeda
CIESAS OCCIDENTE

Carlos Illades, *Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México*, Anthropos/UAM, Barcelona, 2002 (Pensamiento Crítico/Pensamiento Utópico, 127).

RHODAKANATY, SEMBRADOR
DE UTOPIAS

Con frecuencia se encuentra uno en los libros de historia de México con el nombre de Rhodakanaty, a quien se han atribuido muchas cosas y diferentes orígenes. Solamente hasta ahora surge de la pluma de Carlos Illades, de forma seria y dedicada, un retrato de cuerpo entero del pensador decimonónico en su libro *Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México*. Y digo un retrato de cuerpo entero porque, al no existir ninguno que nos permita conocer su físico, la investigación emprendida por el autor devela todos los componentes de su pensamiento, lo más verdadero que puede sobrevivir de una persona.

Plotino Constantino Rhodakanaty vivió en México una veintena de años y coincidió con algunos de los momentos más interesantes en términos de discusión de las ideas, fue impactado por las revoluciones de Europa alrededor de 1848, por la fuerza cultural del imperio austrohúngaro, por el asedio del imperio otomano sobre Grecia, su país de nacimiento, pero también marcado por los autores más in-

fluyentes del momento como Pierre-Joseph Proudhon con su *Filosofía de la miseria*. Desde 1860 sus intereses se orientan hacia México a donde llegó un año después. Y aunque se conoce algún escrito de sus primeros años, el grueso de su producción es más notable dos décadas después cuando estaba por finalizar su estancia en México.

Por lo tanto, su proceso de formación se va a dar en el contexto de los gobiernos liberales, pues observa su consolidación y la llegada de Porfirio Díaz al poder. Además le tocaría observar, seguramente, la invasión napoleónica y la imposición de Maximiliano de Habsburgo con la cruenta guerra que entonces ocurría. Aun cuando conservadores y liberales se disputaban el control del país, no eran tiempos propicios para una reflexión intelectual más acabada, aunque es cierto que intelectuales de uno y otro bando exponían sus ideas.

Tuvo que llegar la paz para que la discusión intelectual tuviera lugar y conociera uno de sus momentos más creativos en el país con las ideas socialistas en boga vinculado con el surgimiento de la prensa obrera. *El Socialista* publicó el 12 de junio de 1884 *El manifiesto del Partido Comunista de Marx y Engels*. Ya desde los años previos, Rhodakanaty pensó en llevar el socialismo al campo, por lo que se estableció en Chalco con la finalidad de fundar una colonia agrícola en 1868, tarea que no pudo hacer y, en cambio, creó una escuela en donde difundió sus ideas filosóficas y sociales. A ella acudió el joven peón Julio López, quien, influido por sus ideas, encabezaría una rebelión agrarista que conmovió a los mexicanos.

No se puede visualizar a Rhodakanaty sin la unión del pensamiento con la ac-

ción, pues parecía darles el mismo peso. El primero era una amalgama con elementos del socialismo y del anarquismo envueltos en un ropaje de humanismo con su interés en la defensa de los derechos, de la educación y de lo religioso, con todo y su crítica a las instituciones opresivas del Estado. Lector de Rousseau pensaba que en una sociedad de leyes la edad de oro del estado de naturaleza ya no podía recrearse.

El autor nos entrega un itinerario intelectual consistente de alguien interesado en el panteísmo de Baruch Spinoza, las ideas sociales de Charles Fourier y Pierre Joseph Proudhon, de quien dedujo que debía eliminarse el espacio entre el ciudadano y el Estado con el fin de crear cuerpos soberanos federados como suma de la sociedad. Su reforma política tenía una base municipal, y en relación con México criticaba al presidente Sebastián Lerdo de Tejada por su incapacidad para frenar el desorden político, además de proponer que los jefes políticos debían ser eliminados. Tal se desprende de su Programa Social publicado en 1876, en el cual, además, aludía a la democracia como el sistema de gobierno “más natural”, “más sencillo” y el “único que se halla en perfecta armonía con los derechos ilegales del hombre” (p. 60).

Junto con Juan Nepomuceno Adorno y Nicolás Pizarro Suárez, Rhodakanaty coincidió en la década de 1860 con el interés de publicar su propio catecismo social, y según Carlos Illades, los tres “en menor o mayor grado suscribieron las tesis de los utopistas franceses, particularmente los del conde de Saint-Simon y Charles Fourier, y esbozaron las reglas de una sociedad futura basada en la práctica asociativa”. Agregaría que compartieron

los valores de la modernidad y la importancia del individuo ciudadano de la herencia de la ilustración. Los ciudadanos y los municipios eran los conductos para alcanzar la sociedad perfecta.

Con una sólida formación clásica, contrario al positivismo, Rhodakanaty asumió su discurrir filosófico como racionalista y como metafísico. Presenció los debates sobre el positivismo cuando Gabino Barrera y Pizarro se enfrentaron en la escolástica, así como por las diferencias entre cristianismo y catolicismo. Rhodakanaty, nos dice el autor, había expulsado a Dios del conocimiento, pero fue al mismo tiempo respetuoso de la religión y crítico del clero. Quizás por eso una de las páginas notables de su biografía es su conversión de ortodoxo a mormón. Consideró que la Iglesia católica romana había desvirtuado el Evangelio, por lo cual propuso volver al cristianismo primitivo. Como ortodoxo griego veía a su iglesia como la “verdadera heredera de los principios evangélicos de los primeros mártires cristianos” (p. 92). Por extensión favorecía a los coptos, los siríacos y armenios. Y como idea fundadora de *El libro de Mormón*, él también soñó y acompañó en sus tareas a los primeros promotores de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, a partir de su bautismo en 1879. Sus inquietudes lo llevaron pronto a disentir, de tal forma que fue considerado apóstata por los hermanos de esa fe.

La ebullición de ideas tan contrastantes definen la inquietud y el afán de conocimiento de seres especiales con cualidades únicas. Rhodakanaty es uno de ellos y todavía ahora sorprende con ese conjunto de ideas que lo ubicarían entre quienes hacen convivir en su persona identifica-

des múltiples adelantándose a su tiempo. Pero dejándonos con esa singular apreciación del europeo, de decir, del extranjero, y del mexicano, que hoy nos parecen tan lejanos.

La historia oficial ha permeado todo nuestro pasado, y no puede sino parecernos extraño que Rhodakanaty considerara la intención golpista de Porfirio Díaz como una “revolución política”, que tenía por delante una “revolución social” en su trabajo *Lo que queremos*, publicado en *El Hijo del Trabajo* en abril de 1878. “La revolución futura estaba próxima y tendría un alcance planetario” —dice Illades—, y es que ese era el contexto del acontecer mundial, que se expresaba también en México, aunque aquí no tuviera aún tanta importancia un pensamiento como el de Comte que subordinaba lo político a lo moral. Sólo en el sentido del individualismo, de la creación de ciudadanos, se acercaba lo que el ideario liberal mexicano postulaba entonces. Rhodakanaty en su *Cartilla socialista* iba más allá porque proponía, casi a semejanza con el régimen porfirista:

cancelar los monopolios estatales, desarrollar las industrias protegiéndolas transitoriamente, organizar el trabajo, reglamentar bien el comercio, hacer crecer la red ferroviaria, establecer bancos nacionales, asilos y orfanatorios públicos, formar penitenciarías y talleres postales, asistir a las mujeres de escasos recursos para evitar que cayeran en la prostitución, crear un “falansterio nacional” en la ciudad capital, transformar el ejército en milicia nacional e implantar instrucción obligatoria (p. 110).

Con certeza muchas de esas ideas estaban en el ambiente de la época porque

las coincidencias eran notables, cuando menos desde el poder, porque desde la sociedad eran otras las apreciaciones y no había acuerdo en cuanto a la forma de acabar con los desequilibrios sociales.

Con el Plan de Querétaro, la rebelión socialista de los campesinos de la Sierra Gorda fue un hecho, y quién sabe si habría sido necesario alimentarla con las ideas de Fourier, de Proudhon, conocidas en cierta forma por la prédica y los discípulos de Rhodakanaty, porque allí estaban las nociones de la filosofía racionalista. Era 1879 y el movimiento se extendió hasta 1883, alcanzando las Huastecas hasta Tamaulipas y San Luis Potosí, pero en ese año el general Bernardo Reyes le puso fin a esa rebelión representada por una bandera roja, en la que se leía “Gobierno municipal y reforma agraria”. Curioso que ya como gobernador, Reyes eliminó las jefaturas políticas y fortaleció al municipio.

En 1886 se pierde el rastro de Rhodakanaty, se dice que salió del país rumbo a Europa: ni los estudiosos que lo precedieron ni Illades han podido seguir su huella, por lo que puede imaginarse otro final, como la misma posibilidad de que hubiera muerto en México o que sus ideas políticas o incluso religiosas lo hicieran renunciar a su identidad para continuar su búsqueda y su acción. Dice bien el autor cuando afirma que Rhodakanaty estuvo a caballo entre la ilustración y el romanticismo, aunque hizo declinar el pensamiento utópico en Occidente, según Isaiah Berlin.

El romanticismo también ablandó las ideas, la necesidad de polemizar para aclararlas, porque pocos debates de tal intensidad se registraron más adelante, lo que probablemente se puede explicar a través

de las corrientes y movimientos culturales que se oficializaron y perdieron fuerza al inhibir otras expresiones del pensamiento con una suerte diferente. Pero quizás también sobrevivió el positivismo que en su afán de la demostración empírica, del método de las ciencias, inhibió la libertad para exponer las nuevas ideas e incluso los desacuerdos.

El libro de Carlos Illades es un fresco vivo del universo de las ideas a discusión durante la segunda mitad del siglo XIX, un universo abigarrado porque se mezclaban las influencias del pensamiento extranjero con las ideas de los pensadores mexicanos. La riqueza cultural de esos años ha quedado en buen resguardo porque muchas de sus expresiones resultan desconocidas, catalogadas en los inventarios de los archivos a la sombra de las que tuvieron la suerte de convertirse en canon de las ideologías oficialistas. Poco ha quedado de ese cúmulo de ideas, de las polémicas, y lamentablemente lo que sobrevive es la costumbre de que lo que no alcanza el consenso del Estado con sus intelectuales orgánicos es colocado en el desván de la historia. Esto continuó sucediendo en el siglo XX y cada vez será más difícil oponerse a esa suerte de pontificación de los personajes cómodos, que ahora es reforzada por los medios y la cultura mediática destinados a imponer las modas culturales, contribuyendo a la construcción de los mitos oficiales que, por lo demás, no sólo son impuestos por el Estado. Todo esto es lo que hace atinadamente la investigación sobre temas como el que ahora se nos ofrece, la historia de alguien como Plotinio Constantino Rhodakanaty que, como dice el autor: "Más que un militante revolucionario, Rhodakanaty fue un predicador social cuya fuerza no residía

en la acción, sino en un acervo de certezas" (p. 128).

Carlos Martínez Assad
ISS-UNAM

Jean Pierre Goubert (dir.), *Du Luxe au Confort*, Berlín, París, 1988, 192 pp.

En el estado actual del desarrollo económico mundial, uno de los deberes de un Estado democrático es el de prever las "necesidades" de los ciudadanos para organizar las redes de energía, los modos de comunicación, las infraestructuras industriales que se volverán necesarias para poder satisfacerlas. Si a ello añadimos el hecho de que el consumo familiar se ha vuelto un indicador bursátil fundamental para conocer la salud económica de un país, se vuelve más fácil entender por qué un todopoderoso ministerio francés como el del "*Équipement*" haya sentido la necesidad de reunir algunos de los mejores historiadores y sociólogos del momento en un seminario centrado sobre el análisis de la noción de confort y de la actitud pasada de la población francesa frente a las transformaciones de su vida cotidiana. Este libro colectivo es el resultado de ese seminario multidisciplinario que puso a dialogar a los técnicos con los especialistas en ciencias sociales en torno al concepto de confort. El sociólogo Michel Marié explica en el prefacio que ese intercambio fue un intento de aprehender ese fenómeno histórico-social, las prácticas que componen esa cualidad de vida a la que hemos llamado confort. El resultado del seminario fue mostrar que lo que se esconde tras la palabra confort es mucho más que un simple problema técnico